

«Tenemos menos aguante del que a nosotros mismos nos conviene y exigimos de los demás más de lo que nos corresponde»

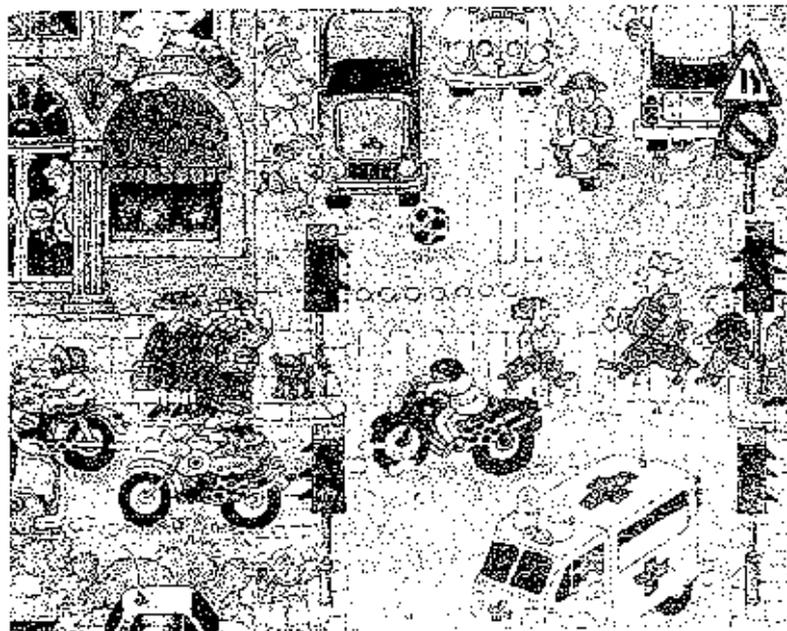
IR POR LA CALLE

— José M^o Rodero Quintillá —

No sé si a ustedes les ocurre lo mismo que a mí, pero cuando salgo a la calle siento que me someto, lo quiera o no, a dos procesos simultáneos: a) voy por la calle; b) me van por la calle los demás.

Ir por la calle en un pueblo (en un pueblo rural, no en un pueblo urbano) me resulta algo decididamente agradable: silencio motor, escasez de personal, amplitud transitil y brevedad de cruce; o, dicho de otro modo: no se oyen coches ni —sobre todo— motos, nadie te empuja ni te estorba y llegas enseguida a tu destino, ya que tu destino es mucho más inmediato que ese otro del que se predicen tantas cosas que nunca se cumplen. Así que no vamos a hablar gran cosa de la vida en los pueblos. Una de las cosas buenas que tienen las cosas buenas es que no hace falta criticarlas, con lo que soltamos los críticos plastas. Volvamos a la ciudad.

Para ir por las calles de una gran ciudad sí que hace falta echarle buena voluntad. En realidad, no es que tenga que ser estresante la gran urbe; pero lo es.



Desde hace no mucho tiempo se sabe que la causa del estrés no es la excesiva cantidad de cosas que tenemos que hacer y hacemos a lo largo del día, sino la excesiva cantidad de cosas que tenemos que hacer y no llegamos a hacer.

Esto me ocurre cuando camino, conduzco o me asomo a la ventana en la ciudad: no me causa estrés el exceso de coches, sino su mal uso; no me molesta que haya muchos coches aparcados, sino que estén encima de las aceras, en doble fila y en los pasos para peatones; no me indigna que los perros hagan sus necesidades en la calle, sino que lo hagan en medio de donde yo tengo dere-

cho a pasar sin molestarme en esquivar inmundicias, y que, además, los autos no lo recojan; no me fastidia que los ciclomotoristas serpenteen entre los coches para ponerse delante, sino los sustos que me dan, tanto si voy conduciendo como si voy andando, y que no sólo se pongan en primera fila, sino, además, delante de mi coche, con lo que, cuando yo quiero salir a la velocidad normal de un coche normal, no puedo hacerlo porque llevo delante un rúcano ruidoso cuyo conductor, si le pito, como mínimo me hace la pseta; no me molesta que los conductores se salten los semáforos o adelanten por el arcén, sino que se crean más líos que los que nos esforzamos en respetar, no ya las reglas de tráfico, sino las más elementales normas de convivencia.

Uno va por la calle y le llegan todas estas cosas. Uno va por la calle y adopta una actitud ante todo ello. Uno va y a uno le van.

Ir no tiene mayor complicación, ya que, aparte de una mínima intención de trasladarse de uno a otros puntos de la

geografía y del tiempo, todo lo demás se lo encuentra hecho. Ir bien ya es más complicado: hay que ocuparse de no caer en comportamientos como los antes descritos, y no es menos cierto que a veces es muy difícil sustraerse a determinadas provocaciones. Supongamos que conducimos un vehículo potente, como un coche deportivo o una moto de gran cilindrada; nos detenemos en un semáforo junto a:

a) Otro vehículo que ostenta una pegatina del equipo de fútbol rival del nuestro.

b) Otro vehículo similar al nuestro, cuyo conductor mantiene una clara actitud de desafío (acelerones, pequeños empujones...; ya sabemos cómo es eso).

c) Una persona atractiva.

¿Seremos capaces de mantener estoicamente el tipo y de no demostrarle a éste/a de lo que somos capaces?

Pues, casi siempre, no, para qué nos vamos a engañar. Y, sin embargo, cuando lo conseguimos nos sentimos mucho mejor. Y cuando conseguimos el hábito de comportarnos bien, hasta nos baja la bilirrubina. ¿No es hermoso?

Así que me permitiré a continuación enumerar una serie, no diría yo que de consejos, sino más bien de experiencias de buen resultado, para que aquellas personas que las consideren cercanas a su propio sí, puedan —quizá con alguna adaptación— aprovecharlas, callejeramente hablando.

1. Caso en que un coche potente se pega a la traseña del coche de uno y le pita, lo mira malamente a través del retrovisor y le da luces como si uno fuese un presunto en plena faena

En el momento en que uno se percata de la situación, debe asumir con humildad que sí, que va estorbando; que ese otro conductor tiene derecho a tener prisa y que no pasa nada por ello. Uno se quita de enmedio con ligereza y permite brevemente que se le adelante sin desear mal alguno al otro conductor, a diferencia de como era su costumbre en estos casos, aunque el susodicho, du-

rante el adelantamiento, se explaye en sus opiniones sobre uno.

2. Caso en que uno, con un coche potente, se encuentra con que alguien ha interpuesto la masa de su automóvil en el camino que, de manera natural, había ya pasado a ser de uno

Pues, situándose a la distancia reglamentaria, estipulada claramente por el código para estos casos, enciende el intermitente pertinente, si acaso hace una señal luminosa con los faros, y espera un tiempo prudente (prudente = mucho más de dos segundos) a que el otro se percate y se aparte; todo ello, sin pensar del conductor lo que venía acostumbrando hasta la fecha. Cuando, más pronto que tarde, pueda adelantar, le dará las gracias por haberse apartado, en lugar de despotricarle los breves momentos en que aún esté en su línea visual.

3. Caso en que uno sale con prisa de su casa y se encuentra con que un coche en doble fila le impide sacar el suyo

Lejos de exponer apasionadamente sus dudas sobre la genealogía del responsable, abrirá la puerta de su vehículo, encenderá la señalización de emergencia o como se llame eso y, sin cerrar la puerta, pulsará intermitentemente la bocina (iba a poner el claxon, pero he pensado que, para machacar el castellano, basta con el lenguaje informático) unas cinco o seis veces, de forma que se perciban claramente el mensaje y la localización del emisor, y descansará un ratito antes de repetir, de forma que no se vuelvan locos los vecinos del lugar ni los peatones inocentes que circulan por la calle. De hacerlo así, si el propietario/a doblefilero está al quite —como es normal— en cuanto se asome a la ventana o a la puerta del local en el que está, se dará cuenta inmediatamente de que sí, que es su coche el que estorba, y vendrá a retirarlo como una flecha. A sus disculpas, uno no responderá lo que

piensa, sino: "No se preocupe; todos tenemos que dejar el coche así alguna vez. Gracias por haber estado tan pendiente". Créame: vale la pena aunque sólo sea por ver la cara de asombro del contrario.

4. Caso en que uno va a un recado al centro y no sabe dónde meter, ni que hacer con el coche

Hombre, lo suyo, suyo, lo que se dice suyo, es desistir y dejar el recado para otra ocasión, y entonces volver sin coche; esto, además, es lo sensato. Si no, puede uno buscar un aparcamiento público, que casi siempre lo hay, y dejarse unas pelotas. Y, finalmente, si no le queda más remedio, buscará una calle muy ancha —para no reducir el número de carriles a la mitad— y, junto a una entrada de carruajes (me encanta que llamen carruajes a los coches y, más aún, a los ciclomotores) para no impedir la salida al coche que esté allí estacionado, podrá dejar su carruaje en doble fila, siempre sin perderlo de vista por si estorbara. Lo que uno no podrá hacer de ninguna manera para solucionar su problema es largárselo enterito a todos los conciudadanos que pasen por allí mientras uno resuelve su asunto tranquilamente. Es decir, no podrá: reducir, como decíamos, la fluidez de la circulación a la mitad, provocando, además, peleas entre los que circulan correctamente por su carril y, encontrándose un obstáculo, tienen que sortearlo, y los que circulan correctamente por su carril y se encuentran de pronto con un sorteador de obstáculos invadiendo precipitadamente su camino; cerrar el paso a peatones que ya, o todavía, no tengan agilidad para trepar por encima de los coches; cerrar el paso a un autobús que, además de ser colectivo, tendrá que montar un número de circo para salirse de su carril sin arrasar cuanto encuentre a su paso; ocupar un paso de cebra o un lugar reservado para disminuidos; etcétera. Y mucho menos, considerarlo como lo más natural del mundo. Creo que sería positivo recuperar, para estos y otros muchos casos, el concepto de pecado. O sea, aquello de sentirse incómodo cuando uno se porta mal.

5. Caso del motorista, así, en general

Todo el mundo tiene derecho a jugarse la vida circulando en moto; yo mismo lo he hecho durante veinte años; pero no tiene derecho a perderla, ni siquiera a medias, porque: a) Si en esa pérdida se ve envuelto otro ciudadano, la que se le viene encima es mediana, sea culpable o inocente; b) Los accidentes cuestan carísimos a la sociedad, económica y afectivamente. Así que, aunque sólo sea por los demás, ya estamos obligados a no hacer estropicios ni con uno mismo. Esto también lo he practicado durante mis años de motorista, durante los cuales no tuve ni un susto. ¿Por qué? ¿Cómo conseguí tal hazaña? Muy simple. Usando siempre la moto como se debe usar: aterrorizado. Porque si uno toma conciencia de la auténtica situación, no puede por menos que temblar: ello consiste en que uno circula entre máquinas de hierro, sobre suelos resbaladizos, con la posibilidad de tropezar con mil cosas, a toda velocidad... a cuerpo gentil. A cuerpo gentil, oiga (bueno, algunos motoristas más precavidos se protegen un codo con el casco).

Pero, además de jugarnos la vida y la

integridad propias y ajenas, los motoristas solemos sobresaltar a la población con distintos procedimientos: saltándonos los pasos de cebra, pasando de semáforos, circulando por la acera o en dirección prohibida, aparcando donde nos place, culebreando entre coches y camiones... En fin, que invitamos poco a la comprensión y tolerancia de nuestros conciudadanos. Yo recomiendo un poquito de terror y de consideración hacia los demás. Palabra que el hecho de cumplir ora una norma de circulación, ora una de convivencia, lejos de disminuirnos, nos engrandece. Después de todo, saltarse las reglas es lo fácil; para respetarlas es necesario estar por encima de ellas.

6. Caso de los antedichos conciudadanos de los motoristas

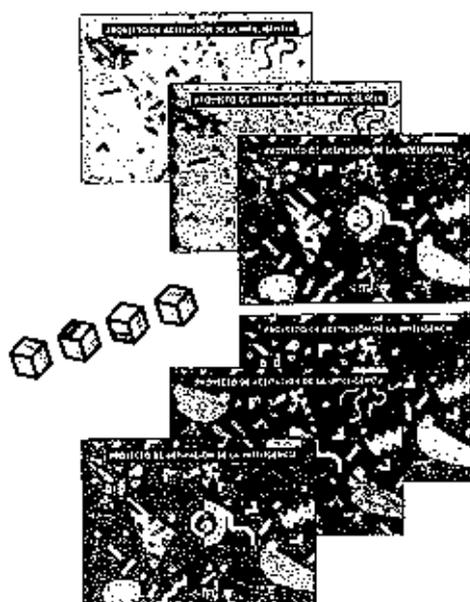
Venga, que no es para tanto. Ni todos los motoristas hacen la peseta al que se queja de sus fechorías, ni todos

los motoristas son unos facinerosos, ni todas las fechorías las hacen los motoristas. Y tampoco cuesta tanto dejar que se nos cuele delante una moto: lo más probable es que enseguida desaparezca; o bien, si es una moto grande, porque de un acelerón se plante en la lozananza, o bien, si es una motoreta, porque el piloto comprenda que en un descuido nuestro le podemos dar un toque, y se nos quite de enmedio.

Hay, sin duda, muchos otros casos a los que referirse en relación con esto de la circulación metropolitana. Pero lo que yo quería no era mostrar una lista exhaustiva de todas las cosas que pueden hacernos sobre, con, cabe o bajo unas ruedas, sino exponer una pequeña reflexión sobre dos hechos clarísimos: a) tenemos menos aguante del que a nosotros mismos nos conviene; b) exigimos de los demás más de lo que nos corresponde. ¿No sería bueno rebajar los niveles de ambos dos y vivir pelín más relajados? Pues venga, que para luego es tarde.

PROYECTO DE ACTIVACIÓN
DE LA INTELIGENCIA:

un proyecto pedagógico.



¿Qué es?

- No es un material de diagnóstico.
- No es un material de reeducación.
- No es un material de relleno.
- Es un material que renueva la acción pedagógica.

¿Cómo es?

- Son 6 cuadernos para cada ciclo de Educación Primaria.
- Tres guías didácticas para el profesor.
- Se trabajan 26 aptitudes diferenciadas.
- Con una dificultad progresiva.
- Cada ejercicio se gradúa siguiendo un sistema de mínima a máxima dificultad.

Un proyecto pedagógico.

- Porque:
- Estructura el proceso enseñanza-aprendizaje.
 - Parte de la idea de que «la inteligencia se puede potenciar».
 - El pensamiento es un proceso y no un resultado.
 - Potencia el pensamiento como la mejor herramienta del alumno.
 - Da respuesta a los problemas con los que se encuentra cada día el profesor.
 - Es un aprendizaje para la vida.

sm

EDICIONES SM JOAQUÍN TURINA, 39 28044 MADRID COMERCIALIZA DESMA, S.A. AGUACATE, 43. 28044 MADRID